

**ENTRE LA REVUELTA Y LA PANDEMIA:
NUEVAS FRONTERAS DE LOS SABERES CRITICOS**

Dra. Kemy Oyarzún, Presidenta ACAUCH, 23 de junio, 2020

Estar en las fronteras es duro, es salobre, y en este caso lo es doblemente intenso. La Revuelta de Octubre había develado las condiciones de producción de la "pandemia social" concentrando todos los malestares de país y de pueblo que veníamos acumulando desde la dictadura. Nos habíamos *contagiado* de rebeldías, las tejíamos y urdíamos en mesas de unidad social, en cabildos de producción de conocimiento, en asambleas pluriestamentales de género y disidencias sexuales. La Casa Central se convertía en piquete jurídico y médico. A las puertas de la FECH y la ACAUCH, entre Vicuña Mackenna y José Carrasco, llegaban personas heridas de la violencia policial. Entonces, una de las últimas actividades que realizamos fue estremecedora: cerca de 2 millones y medio de mujeres, varones, niños, niñas y adolescente nos juntamos codo a codo en la Plaza de la Dignidad y en todos nuestros territorios. Era el 8 de marzo de 2020, Día Internacional de la Mujer, y nada sabíamos de lo que nos esperaba a la vuelta de la esquina. Cantamos con nuestras tesis de Las Tesis y realizamos encuentros frente a la Biblioteca Nacional como en los años 80. Prácticamente al día siguiente, en un semi desierto salón de Casa Central, el Primer Consejo Universitario 2020 anunciaba las clases a distancia y el rector Ennio Vivaldi, recién retornado de Italia, nos lo comunicaba por ZOOM. Entrábamos al río del otro lado del contagio, es cierto. Pero con las mismas metáforas militares que nos habían exonerado,

ejecutado y relegado a partir del 73. A la guerra contra el "cáncer" de los saberes autónomos y disidentes (el marxismo decían en esa época), se sumaba ahora la guerra que el Presidente Piñera había anunciado en medio del estallido y que, frente a nuestros propios ojos dejaba muertos y cercenaba más de 400 ojos. "400 ojos visionarios se cerraban entonces para que nunca más cerráramos los nuestros" (grafitti). Cruzábamos entonces al otro lado del río, a la batalla contra el COVID 19. El lenguaje bélico seguía pero el paisaje se evacuaba en una foto emblemática: el Presidente Piñera sentado pierna arriba en la estatua de la Plaza y nosotros exonerados ahora al cautiverio del hogar, mirando como desfilaban nuestros rostros en pantallas no siempre nítidas. Docencia sin encuentros físicos, sin talleres, sin laboratorios.

Hoy, con sobre el 10% de la población contagiada, el rostro del hambre y la muerte ha sitiado nuestras calles y pasajes. Más allá del encierro, más allá de las cuarentenas a medias, más allá de la nueva batalla contra el virus, ¿qué sentido le damos a la higienización biomédica? ¿cómo la llamamos, qué nombres le damos a esa higienización si no incorporamos las dimensiones sociales y psicológicas de la pandemia, si no repensamos que esa higienización social se levanta sobre unas estructuras desiguales inconmensurables, sobre un Gini de estremecedoras consecuencias para nuestras vidas, para nuestros lugares de trabajo, para nuestras aulas?

Entonces, repensarnos como universidad, como diversa comunidad de saberes científicos, filosóficos, artísticos, críticos. Y hacerlo en comunidades , una y otra vez: Reforma del 67, Lucha contra Federici, Reforma del 97, Movimientos estudiantiles del 2006, del 2011, del 2016. Ciertamente. Repensar los datos que nos inundan todas

las mañanas por los canales televisivos deviene deber ético, ciudadano, soberano, político.

Repensar el propio concepto de datos desde una semiótica que incorpore lo que muchas y muchos teóricos del discurso llamamos la Batalla por la Interpretación, para seguir con la metáfora bélica. Y qué es esa batalla si no la misma modernidad crítica, la posibilidad de leer en los datos una cierta posverdad, un entramado ideológico, el procesamiento previo a los datos mismos, las anteojeras, la afectividad política latente y evidente, la situación del dato como discurso?

¿A qué apunta el dato acopiado? ¿A qué subjetividades y actorías expresa y a cuáles niega? La pregunta por el significado, por el sentido de las verdades lo lanzó con respecto al modelamiento de las cifras de la letalidad COVID 19 un conjunto de científicas y científicos incluidas la Directiva de la Sociedad Chilena de Epidemiología, el Directorio de la Sociedad de Microbiología de Chile, entre otros. Cuando la comunidad científica se hizo la pregunta *por el significado de los datos, por el modelamiento* de la pandemia abrió afortunadamente esa caja de pandora crítica y nos la lanzó como interrogantes en algunos de los comentarios de Iskia Sitches, en las trazas periodísticas de Alejandra Matus, en la querrela de Jadue contra Mañalich. Este debate, esa polémica intenta entonces reconstituir la situación en la que se armaron esos datos. Y en esa situación de discurso se debe incorporar el ancho abanico de las verdades, y el estrecho giro de sus mapas de poder.

¿Quiénes están/estamos detrás de esos datos? ¿Con qué intencionalidad? ¿Para qué se han recolectado? ¿Qué usos se les darán? ¿Qué aspectos ocultarán? ¿Qué sujetos han sido modelados, disciplinados, controlados,

vigilados y acallados en esa compleja madeja que es el dato "verdadero"? ¿Son las políticas construidas a partir de esos datos meramente sanitarias e higienizadoras? ¿Qué metáforas encierran estas pestes, estos virus, estas pandemias desde el siglo 15 en adelante? Entendemos entonces que las metáforas bélicas lo dicen fuerte y claro: a la hora del contagio se entablan verdaderas luchas por la verdad, verdaderas batallas por la interpretación, en el seno de un descampado crítico debilitado por el abandono de derechos, por un Estado indolente, por un lenguaje de camas y ventiladores mecánicos. Entonces, ingresamos a los límites. Son las fronteras entre la revuelta y la pandemia. Pero también las fronteras entre la pandemia y la Nueva Constitución. Entre el show y los saberes conscientes del moldeaje, el despliegue de intereses, voluntades, actorías, movimientos. Y estas preguntas son para mí, claves de la caja de pandora de las universidades estatales, de las universidades cuyo horizonte no es mercantil. De las casas de estudio que son expresión de deseos y objetivos, de pulsiones, de grandes y pequeños conjuntos humanos situados en los límites existenciales del conocimiento y los nuevos paradigmas de desarrollo.

Nos invito por un minuto a interrogar esos modelamientos, encubiertos tras los datos. Y cito a Alejandra Matus: ha habido una "manipulación brutal de las cifras con un ejercicio metodológico discutible". El gobierno empezó mal: compararse con países que estaban ya en el sexto mes de manejo de pandemia". Alejandra agrega: "Un criterio mercantil: todos los presidentes empresarios del mundo hicieron lo mismo, le bajaron el perfil a la pandemia, pusieron la economía por sobre la salud y vida de las personas y empezaron a tratar de administrarla corriendo detrás y no poniéndose

en frente, como lo hizo exitosamente Nueva Zelanda, que en nueve semanas de pandemia la erradicó del país y volvió a reabrir su economía con mucha menos crisis que la que nosotros tendremos”.

Miremos también el debate entre MINSAL y la Escuela de Salud Pública: esta última denuncia la confusión y modelación fallida; estima que según la letalidad reportada existe un subreporte de al menos 49% en los últimos días (34), insiste que si se reportan 5000 casos en un día se espera que los casos activos sean al menos 50 000. Pero Minsal reporta alrededor de la mitad. Solo 25.000 casos. Que habría imprecisión en los datos de letalidad, por ello en un día se agregaron 653 fallecidos.

Bueno, una vez revelados los datos fallidos, entremos interdisciplinariamente a entender por qué, estando más militarizadas nuestras calles que en otros países, miles y miles salen a trabajar. Sale a trabajar la mujer jefa de hogar, como “colera” en la feria. Salen a trabajar los trabajadores de la salud más precarizados. Salen los mineros sin protección. ¿Es solo porque los empleadores falazmente así lo exigen? Así es. Pero además, el dato oculta una situación previa a su recopilación. Los datos tienen historia. Memoria obstinada. Una realidad trabajo. Una realidad malestar. Una realidad violencia de género. Una realidad depresión. Ya en abril de este año, un 30% según el INE, Un 30% de las y los trabajadores eran informales. Y este hecho cruza obviamente a las universidades estatales, incluida la nuestra.

Entonces, la militarización de la cuarentena oculta y devela que se exige una auto disciplina, una voluntad individual de auto control que las personas no están dispuestas a acatar. No mientras el hambre aqueja masivamente en los poblados y territorios, en los cités y

poblaciones. Y esta es, sin más, la situación del discurso, la batalla contra la significación de los datos: enfermos, muertos, desempleo, caída económica, violencia contra las mujeres. Hambre y muerte. Temible conjunción. Pero el hambre no entra en este mapa. Titila con ritmo intermitente en el centro de los datos, esto es en el centro de las vidas que los datos y las políticas psico sociales encubren. Ahí entonces la polémica en torno al Ministerio de Ciencia, Tecnología, Conocimiento e Innovación, Andrés Couve, quien reiteradamente justificara el dolo en múltiples intervenciones (Declaración firmada por más de 577 académicas y académicos, "Ética, ciencia, datos y vidas humanas")

¿Cuál es la relación entre el auto control y la higienización como disciplina? ¿Cuál es la relación entre auto control y auto cuidado? El higienismo de los años 20 y 30 se hallaba dividido en dos: por una parte, limpiar la peste para construir una "mano de obra sana" que garantizara el precario desarrollo capitalista en nuestro país. Pero por otro lado, una ciencia que se pensaba al servicio del desarrollo estratégico del país, que tenía como eje el cuidado como sistema, a nivel precario pero estatal. Mucho podríamos debatir sobre las diferencias entre el higienismo de un González Videla y de un Salvador Allende. No es aquí el momento. En medio del abandono del Estado frente a los Derechos Humanos, a los Derechos Sociales, y a los Derechos Sexuales y Reproductivos, la diferencia entre ambos conceptos de cuidado resulta abismal. CITO del estudio de CIPER: "Chile siguió una estrategia con medidas laxas como en Suecia, pero sin su calidad de vida ni realidad socio económica".

Aquí, me interpela saludar la inauguración de la Campaña La U Chile al Servicio de Chile, campaña con la

que nos conjuntamos como asociación de Académicas y Académicos de la Universidad. ACAUCH se está fortaleciendo. Queremos expresar nuestra voluntad como actores y actoras de la comunidad universitaria, pero también en la FAUECH, junto a las demás universidades estatales, las cuales, al salir de esta catástrofe biopsicosocial, económica y política, enfrentaremos mayores precariedades y vulneración de derechos sociales. Pero el temor no nos detiene: se definió la pseudo cuarentena como aislamiento social. A ello decimos no. El aislamiento no puede ser social. No si seguimos actuando en grandes conjuntos como la Mesa de Unidad Social, como la Mesa COVID de Género del Senado de la República, no si tenemos voluntad comunitaria pluriestamental con les estudiantes, con funcionarias y funcionarios no académicos, con las y los trabajadores a honorarios. Sobre todo si seguimos instalados e instaladas como actores de una Nueva Constitución, de una nueva carta de navegación construida en situación democrática y deliberativa como pueblo.

Nos invito a participar de la UCHILE al Servicio de Chile en los ámbitos jurídicos, en propuestas de educación comunitaria, en la amplia red poblacional de ollas comunes, en las redes de contención psico social. Para partir, me pliego, a nombre de las y los académicos de ACAUCH, a la meta de apoyar el retorno del Hospital JJ Aguirre al seno de la red pública, sin por ello dejar de lado su vocación científica, su fervor clínico e investigativo. La vocación de servicio público está activa y presente aquí, donde la Universidad escucha y elabora nuevas prácticas y situaciones de saber junto a los territorios. Muchas gracias.